

Teoría y práctica del racismo

Plantaciones
y monterías
en el porfiriato

ARMANDO BARTRA

No eran susceptibles [los pueblos asiáticos] de ser civilizados [...] Hubo que contentarse con obligar a sus individuos a realizar un trabajo útil, como máquinas animadas.

Joseph Arthur de Gobineau

Otto Peust era un sociólogo metódico, un hombre de ciencia. Era, también, un amante de las encuestas que otorgan precisión cuantitativa y sólido sustento empírico. En 1911 había organizado una, a través de los representantes de México en el extranjero, quienes debieron llenar un cuestionario sobre la situación laboral en el país de la embajada; interrogatorio que en realidad era un retrato fiel del trabajo forzado imperante en las plantaciones y monterías del sureste mexicano. La encuesta debía corroborar que México no era el único país donde prevalecían el peonaje por deudas, el trabajo forzado y los castigos corporales. La hipótesis sociológica era que en muchas otras naciones del mundo civilizado se empleaban sistemas laborales coactivos, pues ciertas razas son reacias al trabajo voluntario”.

“*Operarios desocupados-causas económicas.* ¿Qué proporción de individuos de la población es reacia al trabajo?

”*Enganche de operarios.* ¿Cuál es el número de enganchados anualmente? ¿Se hace en dinero en efectivo o en papeles de crédito (vales etcétera)? ¿Cuál es, por término medio, la diferencia entre los salarios pagados a operarios obligados y libres?

”*Medidas para ligar a los operarios con los propietarios.* ¿Hay restricciones al derecho de unión de los obreros?

”*Conversión de los enganchados en operarios obligados.* ¿Se dan anticipos a cuenta de salarios? ¿De qué medios se sirven los patrones para prolongar el tiempo del contrato?

”*Medidas disciplinarias. Castigos corporales para hacer cumplir los contratos.* ¿Se ejecutan sin autorización legal, según costumbre? ¿Hay prisión y en qué extensión?

”*Deserciones y castigos relativos.* ¿Interviene la policía para devolver al propietario el operario que desertó? ¿Se admiten castigos? ¿Se admiten azotes?”

En 1912 *herr* Otto realizó otra encuesta, esta vez de campo, en algunas regiones rurales mexicanas, destinada a establecer la proporción de personas “activas” y la de “indolentes” en la población étnica, estudio del que debía desprenderse una ley agraria. La estimación a verificar empíricamente era que los indios “aprovechables” no llegaban a 6%. Por desgracia ese año se generalizó la rebelión armada de los indolentes y la investigación se interrumpió.

El huevo de la serpiente

El desarrollo tardío y *junker* del capitalismo alemán incuba un pensamiento social que, rompiendo con el liberalismo proveniente de la revolución francesa, descrece de la igualdad de los hombres ante la ley, emprende una crítica de derecha a la democracia burguesa y propone una visión imperial y racista de la historia.

Esta *weltanschauung*, que prolongada por Houston Stewart Chamberlain y Alfred Rosenberg dotará de ideología al nacio-

nal socialismo, funciona desde el último cuarto del siglo XIX como justificación del orden neocolonial y coartada racista al carácter contrahecho del moderno imperialismo capitalista.

La renovada teoría de la desigualdad de las razas, que arranca del conde Gobineau y de Paul Anton de Lagarde, a fines del siglo XIX se transforma en moneda corriente en las universidades alemanas. Se trata, en rigor, de un neorracismo, una concepción moderna que combina el reconocimiento de la globalización capitalista con el darwinismo social inglés de Karl Person y Benjamin Kidd. Un sistema de ideas que emplea teorías discriminatorias sobre la etnicidad para legitimar el sojuzgamiento

Negros, amarillos y cobrizos fueron el “combustible biológico” de ultramar, que alimentó a distancia la segunda revolución industrial: hule para llantas y correas de transmisión, sisal para engavillar las cosechas cerealeras mecanizadas, cobre para los conductores eléctricos. Las “razas de color” fueron también las “máquinas animadas” que hicieron posibles los lujos metropolitanos: muebles de caoba, enervante café endulzado con azúcar de caña, delicado chocolate, tabacos aromáticos.

La buena conciencia de Europa necesitaba una teoría que justificara la racialización de las relaciones laborales y otros desfiguros de la modernidad. Y también la necesitaban las oligarquías

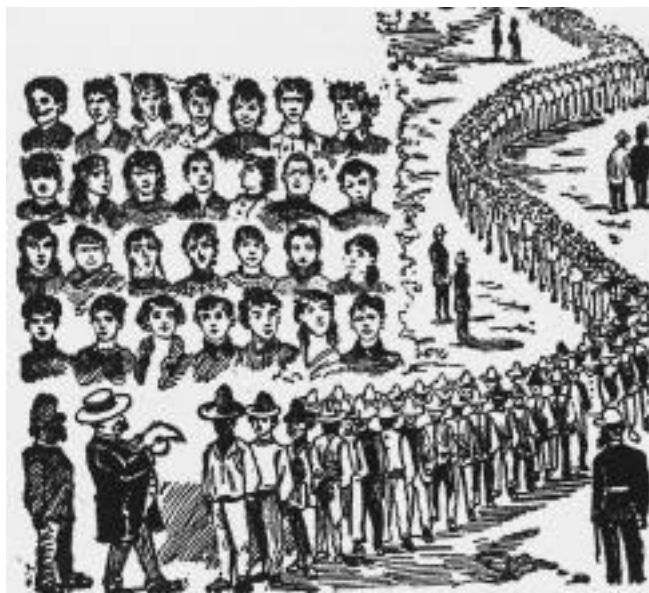


imperial de la periferia y justificar el trabajo forzado de las razas subalternas, a las que se pretende rejegas por naturaleza.

Poner en duda la plena humanidad del colonizado, no en los tiempos de conquista armada sino en pleno siglo XIX, es una forma de justificar el trabajo forzado y la negación de los derechos ciudadanos, fenómenos dominantes en el ámbito colonial. Relaciones sociales bárbaras, que chocan con el ideario del capitalismo teórico, pero que son imprescindibles cuando la acumulación periférica se despliega en un contexto de demanda laboral estacional, escasez de fuerza de trabajo y sobrevivencia de la comunidad agraria.

blancas —o talqueadas— de la periferia, los administradores locales de las potencias de ultramar. Surge así la imaginaria del imperialismo, el sistema simbólico de la colonización; un orden de ideas con pretensiones de cientificidad que somatiza las relaciones sociales, que epidermiza la explotación.

“El fetichismo de la epidermis es un hijo político del capital”, ha dicho René Depeste, y si en Europa la arrogancia ariea transmutada en antisemitismo diezmó a un pueblo “de razón”, el racismo colonial está detrás de otro gran etnocidio, quizá menos visible por disperso y prolongado, y también porque sus víctimas fueron hombres “de color”. Me refiero al holocausto



de los “naturales”, a la sistemática aniquilación de coolis, felahs, negros, indios americanos y demás calibanes, consumidos en las hogueras laborales del imperio, en los campos de concentración de las minas, monterías y plantaciones tropicales, en los hornos crematorios de ultramar.

Un tecnócrata teutón

Cuando menos desde 1885, en que el periodista chiapaneco Ángel Pola escribió en *El Socialista* la serie de reportajes titulada “Los escándalos de la esclavitud en México”, el peonaje por deudas en las haciendas, y particularmente el enganche forzoso practicado en las fincas y monterías del sureste, estaban en la mira de los críticos del régimen y ensombrecían la imagen progresista que sus apologistas se esmeraban en proyectar. Para contrarrestar las persistentes denuncias, la administración de Díaz patrocinó a diversos expertos extranjeros que debían justificar con sus opiniones autorizadas el estado de cosas imperante. Uno de ellos fue el sociólogo Otto Peust, quien en 1903 realizó por cuenta del gobierno un viaje de estudios por el sureste. Tanto gustaron los juicios del alemán que fue incorporado a la administración y en los últimos años del régimen fungió como Director del Departamento de Agricultura de la Secretaría de Fomento.

Pero Peust no fue el único alemán que escribió sobre el trabajo forzado en el trópico mexicano. Ya Edward Mühlendorff, quien recorriera la región en 1835, había escrito que “la pereza y la embriaguez son los vicios nacionales de los chiapanecos [...] los indios sólo trabajan cuando se ven obligados a procurarse lo muy poco que requieren para sus necesidades domésti-

cas. En reemplazo a la antigua mita, los propietarios rurales han sabido establecer el trabajo por obligación judicial, dando a crédito a los indios bebidas alcohólicas y toda clase de objetos que les son útiles; y como los indios no tienen otro medio de pagarlos, desquitan su precio con trabajo”.

Carl Christian Sartorius, quien fuera finquero en Veracruz desde 1829, propuso que el trabajo de los “naturales” se organizara mediante un sistema policiaco: “todo criado permanente de campo se obligaría a tener su libreta de servicio autorizada por la policía rural. En la libreta se determinarían el día de entrada al servicio, el tiempo que se obligaba a servir, las cantidades que recibiera a cuenta, así como el día de salida del servicio”. Sartorius no oculta el sustento racista de su apología del trabajo forzado: “Porque no se puede negar que la raza caucásica sea dominante tanto por su inteligencia como por su riqueza”.

Pero la justificación más acabada del esclavismo corre por cuenta del terrateniente alemán vecindado en Chiapas, Paul Furbach, quien combinaba su condición de finquero con la de estudioso de las ciencias sociales. En su disertación de doctorado presentada en la Universidad de Heidelberg en 1912, el cultivado junker escribe: “A las naciones europeas les falta hacer uso del derecho caucásico con las razas del segundo y tercer grado [...] las que] junto con su inclinación al ocio, tienen la inclinación al engaño y al robo [...] Las naciones colonizadoras caucásicas tienen pues, desde el punto de vista de la raza, el derecho a quitarles a las poblaciones flojas la tierra en la medida que no la trabajan. Este derecho es por raza aunque no jurídico: esto exige la Ley del Progreso y del Desarrollo. Es forzoso imponer el trabajo moderno al indígena indolente, bajo la mera del desarrollo nacional-social, y más aún cuando se trata de razas a las que les falta el deseo de trabajo emprendedor, así como la persistencia”.

Los planteamientos de Peust son casi idénticos a los de Furbach, con la diferencia de que el finquero habla por él, mientras que el funcionario del Departamento de Agricultura expresa el punto de vista del gobierno porfirista. En un folleto titulado *Investigaciones sobre el problema obrero rural en el extranjero*, publicado por la Secretaría de Fomento en 1911, leemos lo siguiente: “Las razas se dividen desde el punto de vista económico [no etnológico] en tres grupos principales [...] El primero comprende los pueblos de raza caucásica [...] única que [...] ha pasado del gremio agrario al manufacturero del cual ha salido [...] la industria transformadora en gran escala [...] El segundo grupo compuesto preferentemente de la raza amarilla, sólo ha formado el gremio agrícola y manufacturero, pero [...] parece capaz de imitar el régimen industrial capitalista, como los japoneses chinos, etcétera. El tercer grupo comprende la mayoría de los pueblos indígenas del África, de América, de gran parte de Asia, etcétera, y dispone de un grupo tan reducido de

hombres enérgicos y perseverantes que sólo ha logrado formar el gremio agrícola [...] Los individuos de este grupo parecen incapaces de imitar, como los del segundo, la producción capitalista [...] En relación con el grado de inferioridad de una raza [...] los individuos que la forman resultan por su propia naturaleza, trabajadores libres, obligados o esclavizados”.

Declaración de principios que le permite entrar de lleno en la problemática laboral mexicana: “En los estados de Yucatán, Campeche, Tabasco y Chiapas, según observadores competentes, el tanto por ciento de hombres activos y perseverantes entre los nativos no pasa de 5% a 6% [lo que confirma que ...] solamente 2% o 3% de los indígenas a quienes se titularon terrenos gratuitamente, han conservado sus lotes [...] el resto los enajenó inmediatamente, conformándose con reservar pequeñas porciones [...] lo cual les da lo estrictamente necesario para su sustento físico [...] El cultivo de henequén en Yucatán y Campeche tropieza con falta apremiante de obreros, que es para esta industria un obstáculo mayor que la disminución del precio de venta de la fibra. En Tabasco, el cultivo de las frutas tropicales que se ha emprendido con energía y con éxito lisonjero, parece contenido sensiblemente por la escasez de brazos [...] las escasez de obreros en México, no reviste pues, como en Europa, un carácter puramente económico, sino que depende de la índole de la mayor parte de su población nativa [...] La cantidad reducida de individuos activos y constantes [...] es insuficiente para proporcionar a la agricultura los obreros necesarios”.

Enumera luego algunos buenos remedios, lamentándose de que no se puedan aplicar en México. “La mayoría de las naciones colonizadoras han procedido como los Estados Unidos, exterminando a los indígenas para reemplazarlos por operarios de razas superiores más activas. Procediendo más humanamente, la Argentina, en una guerra formal, rechazó hace cuarenta años a la población indígena a la Tierra del Fuego [...] facilitando los terrenos a los inmigrantes europeos. En México se deportó a los rebeldes yaquis a los estados de Yucatán y Campeche. No obstante, el procedimiento radical de la República Argentina es irrealizable en México, por la gran mayoría que forma en este país el elemento de la población inferior, económicamente hablando, y por falta de terrenos adecuados para confinar a estos indígenas. La ejecución parcial del programa argentino en México, ha suscitado esa agitación injustificada que acompaña a todas las empresas que [...] no pueden llevarse a cabo de modo debido y completo. [Existe, pues ...] la imposibilidad material de deshacerse del elemento indígena [que ...] parece a muchos inútil, [de modo que ...] es conveniente reemplazarlos por la introducción de operarios pertenecientes a razas más activas [...] Los cultivadores de henequén en los estados de Yucatán y Campeche prácticamente han tratado de hacer a un lado el elemento inerte, buscando operarios más vigorosos en Corea, Java, et-

cétera, y hasta cierto punto los resultados han sido ventajosos [...] Del mismo modo en Tabasco, los obreros procedentes de España, Puerto Rico, así como algunos asiáticos, han sido ocupados con más o menos éxito [pero ...] si no existe una migración espontánea resultan muy altos los gastos para introducirla, y sobre todo, los migrantes enganchados en otros países nunca bastan para fomentar debidamente las industrias rurales de un país ni menos proporcionan material bastante numeroso [pues ...] es un axioma económico que la marcha prospera tanto en las industrias manufactureras como en las rurales, exige no solamente los obreros indispensables para los trabajos, sino un ejército de reserva de operarios siempre listos a ocuparse. Si no se hubiera satisfecho esta condición previa, las grandes industrias transformadoras de Europa y Estados Unidos no existirían [...] No queda otro recurso que tratar de afrontar decididamente el problema obrero, utilizando la población rural existente de acuerdo con su índole”.

¿Cómo, entonces, utilizar conforme a su índole a una población de natural desidiosa? Fiel a su método comparativo, Peust se remite a las fórmulas empleadas en otros países: “El desarrollo industrial en grande escala, o régimen capitalista, hasta hace algunos decenios se limitó casi exclusivamente a las naciones de la Europa caucásica y a los Estados Unidos. Los principios dominantes y los preceptos legales son por tanto efecto directo de las exigencias del sistema capitalista, por una parte, y por otro de la naturaleza y modo de pensar y de obrar de la raza caucásica. Sin embargo desde hace treinta años el régimen industrial capitalista se va extendiendo rápidamente a otros países. Los principios de derecho de la raza caucásica son poco apropiados para regir las relaciones de dicha raza con las inferiores [...] La imposibilidad de tener un derecho común para todas las razas se manifiesta principalmente en lo que respecta a la propiedad de la tierra y al trabajo obligado [... Así] la necesi-





Algo de lo que pasa en algunas haciendas.

dad que se reconoce y practica generalmente, de quitar a una población indolente las tierras que no aprovecha, tiene como correlativa la de imponer a los nativos inertes cierta obligación al trabajo. La evolución económica mundial y la amenaza para la integridad de los pueblos que no saben desarrollar todas las fuentes de su progreso material originan una misma práctica de las razas superiores, no obstante las teorías que sostienen algunos académicos humanitarios obstinados en perpetuar los conceptos jurídicos del siglo correspondiente a la raza caucásica. [Así ...] los ingleses en vez de suprimir en Egipto el trabajo obligado, lo han aumentado. [El gobierno] del virrey Lord Cromer ocupó en el río Nilo [...] en 1898, a 19 045 felahs [...], etcétera. Antes de que los ingleses ocuparan el país era menor el número de operarios obligados. En las colonias de África, que los alemanes adquirieron hace unos 25 años, los hacendados han llegado a establecer casi a la letra el sistema agrario y el modo de ocupación de los indígenas que se ha desarrollado en México desde hace siglos”.

¿Arrogancia aria? Sin duda, pero también una ceñida descripción del capitalismo contrahecho realmente existente. Sin eufemismos liberales, el alemán exhibe la igualdad ante la ley como una ilusión de la fase “caucásica” del capitalismo; apariencia transitoria que se transmuta en trabajo forzado cuando el régimen

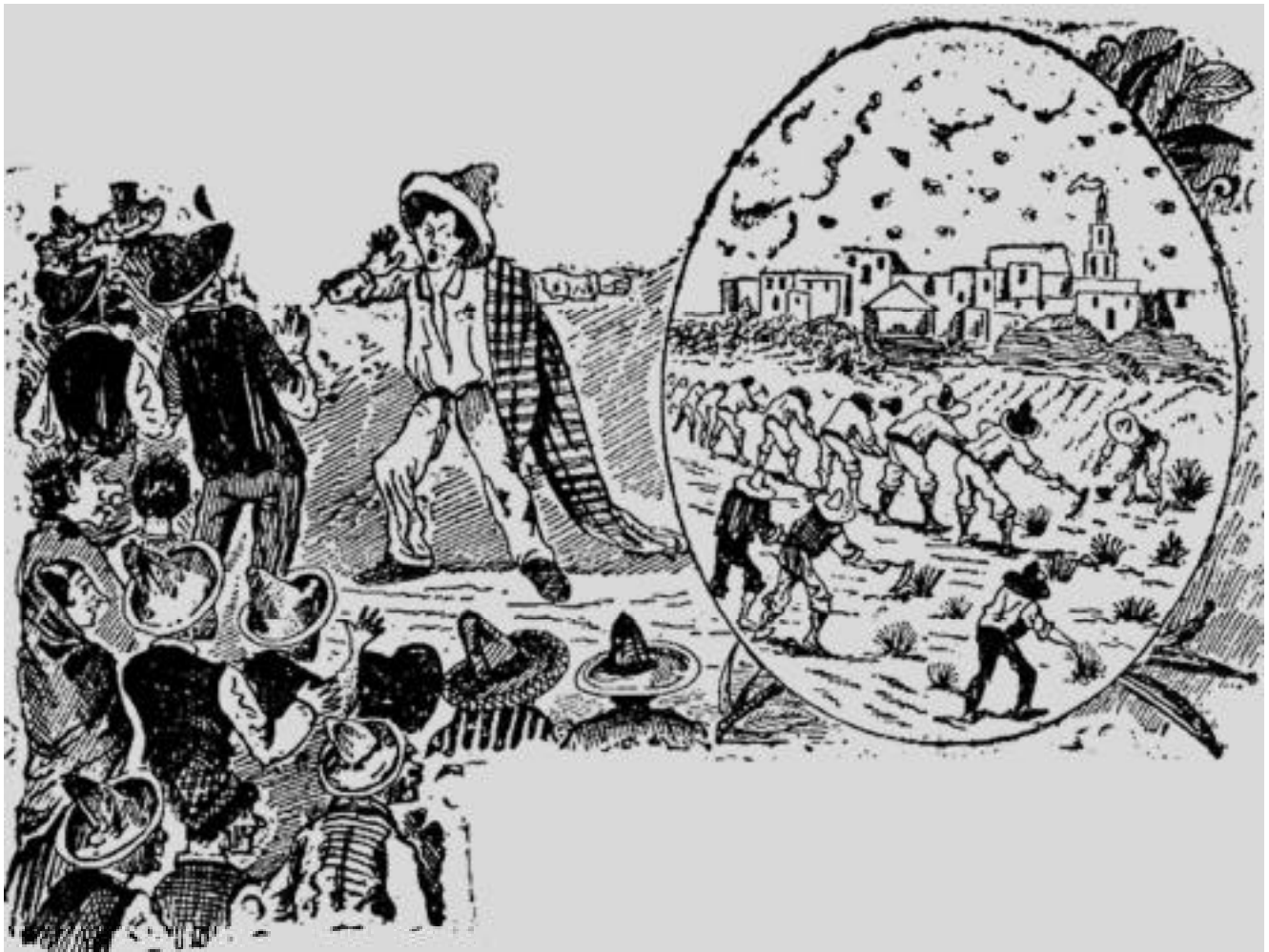
burgués se extiende a escala planetaria. Con rigor sociológico, Otto Peust demuestra que en un contexto de escasez de brazos y sobrevivencia de comunidades agrarias —de naturaleza “indolente”— la implacable lógica de la acumulación produce enganchados, acasillados o felahs; y concluye, contundente, que en su fase superior y mundializada el capitalismo deviene un nuevo esclavismo.

El problema es que no le escuece. Por el contrario, quitar la tierra y forzar el trabajo de las razas inertes le parece un mérito civilizatorio. Y en México, donde los indolentes son ominosa mayoría pues no se les exterminó a tiempo y no se les puede matar o desterrar a todos, uncirlos al trabajo, así sea contra natura, es hazaña del progreso.

Pesimista y decadente, el pensamiento teutón del XIX y principios del XX racionalizó el colonialismo y sistematizó teóricamente la desigualdad en el trato a las razas; pero el “asalto a la razón” del que habla Lukács no está en la naturaleza prusiana, sino en la circunstancia social que Alemania compartía con otras metrópolis imperiales. A principios del siglo XX no hacía falta ser ario para ser racista. Pehr Olsson-Seffer, doctor en Filosofía oriundo de Dinamarca, quien visitó México en 1910 y escribió para el gobierno de Díaz un extenso texto titulado *La agricultura en varios países tropicales y subtropicales. Informe presentado al señor secretario de Fomento*, afirma que: “Si las razas blancas dominan en los trópicos, bajo el pretexto de que los naturales no están aptos para el gobierno propio, de suerte que su régimen sea satisfactorio para la política del mundo, esta misma preocupación reina [...] en la agricultura. En efecto, la industria agrícola de estos naturales, lejos de ser eficiente [...] está por el contrario muy atrasada [...] y sucede que hasta en los cultivos que debían ser mejor comprendidos y practicados por esos mismos naturales, son los blancos los que sacan mejor partido [...] Ningún país debe dejar de tomar parte en el progreso general de la humanidad, lo cual puede combinarse muy bien, como se observa en la práctica, con el hecho de que las razas blancas de Europa y América dominan al presente en los trópicos, perteneciendo a ellas por consiguiente todos sus productos, y estas razas no pueden consentir en que se desperdicien las regiones más ricas y más vastas del mundo [...] Así pues] para que la agricultura pueda hacer rápidos adelantos en México, será necesario hacer venir al país a los agricultores procedentes de otras naciones”. Pero el darwinismo social que más ofende no es el del nórdico Pehr o el *junker* Otto, sino el del presidente mixteco al que asesoran.

Un mixteco talqueado

La minusvalía racial de los mexicanos “naturales” no es ocurrencia de tecnócratas importados sino acendrada convicción del



gobierno porfirista y sus “científicos” autóctonos. Dicen que en sus últimos años el héroe del 2 de abril, el general nacionalista que fuera terror de los franceses, se talqueaba el rostro en un intento de blanquear su epidermis de mixteco. Verdad o no, lo cierto es que don Porfirio sí se propuso seriamente blanquear el país.

Aniquilar o trasterrar a los yaquis y mayos broncos; aplastar los rescoldos mayas de la Guerra de Castas refugiados en Chan Santa Cruz; atraer agricultores extranjeros para colonizar zonas indígenas; poner la fuerza pública, los gobiernos municipales y hasta la red de ferrocarriles al servicio de la captura y traslado al sur y sureste de trabajadores enganchados, y solapar la esclavitud por deudas y los castigos corporales, son aspectos de una política racista que veía en la resistencia y rebeldía de los indios una disrupción del orden, un obstáculo para el progreso.

La justificación de la esclavitud laboral de los naturales no deriva de la arrogancia del blanco colonizador ni del proverbial complejo de inferioridad del mexicano mestizo. El racismo es la cara oscura de la mundialización capitalista y se impone por

la fuerza de las cosas. A muchos mexicanos indignaba el maltrato del indio y no faltaban finqueros compadecidos y hasta compañías transnacionales dispuestas a cambiar el cepo y los azotes por buenos sueldos, pero el trabajo forzado se superponía a las buenas intenciones. El que la mercancía fuera el hombre y no sólo su fuerza de trabajo, no era una ocurrencia de administrador, íntima crueldad o perversión ideológica, era una necesidad objetiva de la acumulación colonial. El comercio humano en pleno siglo xx responde a la racionalidad del capitalismo realmente existente; la esclavitud moderna es una relación de producción somatizada.

Pero es también un imaginario, un sistema de ideas y prejuicios que justifica la ignominia. Durante el porfiriato, la etnofobia era cultura. Los ensayistas preocupados por la nación, como Maqueo Castellanos, llegaban casi siempre a conclusiones racistas: “Si en vez de once millones de indios esparcidos en el campo y la montaña tuviéramos la misma suma de emigrantes extranjeros de todas o de cualquier nacionalidad, seríamos un país treinta veces más rico, más respetado, más fuerte. Luego, si

Proyecto de un monumento al pueblo



Desde el Cacahagu meliso
y el pobre pierdo el derecho,
debe perpetuar el hecho
la estatua de bronce ó piedra.
Fuebo herico á quien osareña
la fuerza bruta se combate,
que ante ninguno se abate,
y es fuerte en todo momento,
debe alzar un momento
cuando el tiempo suquiza.

Señal la masa de hierro
de la estatua, una protesta
suca, eterna, gigantesca
contra el opresor yaco;
dameis montado y acero,
y de un mar hasta otro mar,
pondas los pueblos miras
en el momento albor,
contra qué nosotros movido
deben salir y luchar.

es cierto, que sí lo es, es porque la raza indígena estorba nuestro progreso”.

Y es que los mexicanos “de razón” mamaban el racismo desde la escuela primaria. En la *Geografía de México* de Alberto Correa, miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y director de la primaria anexa a la Normal de Profesores, leemos: “Cuatro razas distintas componen [la población]: la india o natural del país; la europea, la negra y la criolla [...] La clase llamada principal está formada por las personas más ilustradas o que poseen el elemento vital de los capitales. En los individuos de esta clase reside el ejercicio del comercio, de las profesiones científicas, de las bellas artes y la literatura, pudiendo competir por su ilustración, con los moradores del viejo continente [...] Los indios, por su carácter indolente, y más que nada por su falta de ilustración, constituyen en nuestro país un elemento casi nulo, siendo un factor insignificante en el consumo y producto de la riqueza pública [...] De la raza indígena pueden hacerse tres grandes divisiones: 1. Indios de civilización primitiva, que son inteligentes y activos, conservan intactas sus antiguas costumbres y su idioma [...] consagrándose particularmente a la agricultura y algunas manufacturas ordinarias como fabricación de sombreros, esteras, trastos de barro, etc. 2. Indios degenerados, cuyas costumbres, idiomas y hasta su constitución física ha cambiado por completo, siendo indolentes, desaseados y de torpe inteligencia. 3. Indios bárbaros, que son pérfidos, crueles, guerreros constantes, no reconocen las autoridades y viven del pillaje”.

El año que fue publicada, esta geografía era libro de texto en las escuelas públicas. En este ambiente intelectual ningún ciudadano bienpensante se escandalizaba por las expresiones racistas de los hombres públicos. En declaraciones al periodista estadounidense Elisha Hollingworth, publicadas en *El Imparcial* en 1910, el gobernador Torres, de Sonora, decía: “Los únicos seres en todo México contra quienes puede lanzarse el cargo de barbarie son los indios de Sonora y Yucatán, cuya resistencia a todo influjo civilizador parece haberles conquistado la simpatía de ciertos escritores. Estos indios han retrasado el progreso. No ha quedado al gobierno otro camino [...] que imponerse por la fuerza [...] En vez de exterminarlos como hizo el gobierno de los Estados Unidos [...] nosotros los enviamos a Yucatán. De ahí volverán [...] tan pronto se hayan reformado”. La última frase de Torres es de una ingenuidad racista desarmante: “Tampoco se ha deportado nunca alguna familia mexicana, sino solamente yaquis”. Seguramente el gobernador de todos los sonorenses debía pensar que los yaquis eran suecos.

Las declaraciones de Torres son una reacción de la cadena periodística del estadounidense Hearst y del gobierno porfirista, a la publicación en inglés del reportaje de John Kenneth Turner titulado *Barbarous Mexico*, que denunciaba la esclavitud por deudas prevaeciente en las plantaciones tabacaleras de Valle Nacional, Oaxaca, y en las haciendas henequeneras de Yucatán. A la misma contracampaña corresponde esta memorable declaración del presidente Díaz, publicada también en *El Imparcial*, en 1910: “Los yaquis son una raza admirable [...] si se exceptúa su instinto sanguinario [...] que desgraciadamente constituye el rasgo dominante de su carácter [...] En cuanto a la deportación, esto fue una medida política exigida por consideraciones humanitarias”.

Racismo corriente

El racismo colonial moderno es un mecanismo de opresión y explotación, una estructura material sobre la que se edifica un orden espiritual que impregna también a quienes no lucran directamente con las supuestas jerarquías étnicas. Hay entonces un racismo *light* que no saquea ni violenta a los hombres “de color”, simplemente le son indiferentes, impenetrables, gente de otra dimensión.

De índole borrosa y fantasmal, los “salvajes” pueden ser odiados o temidos, pero como lo escribió Conrad, marinero mercante de la Malasia que algo sabía de eso, son siempre seres espectrales, sombras inasibles: “Aquellos hombres miraban cuanto se refiere a la vida de los indígenas como una mera exhibición teatral de sombras: una representación en medio de la cual podía pasar la raza dominante completamente indiferente, siguiendo en la persecución de sus incomprensibles fines”.



¡Desgraciado pueblo! Al fin de cuentas, tú pagas el pato.....

Espejo empañado por el vaho de la culpa colonial, neocolonial y poscolonial, las humanidades “otras”, los negros, los rojos, los amarillos y los cobrizos son rebaños insondables, socialidades esotéricas y escarnecidas, espejos trizados donde los

“occidentales” temen reconocerse. Y en el fin del milenio, este vértigo culposo que aqueja a la gente “de razón” al confrontar a los “naturales” no ha desaparecido del todo. 🚲

Armando Bartra
Instituto Maya.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Baumann, Friederike. 1983. “Terratenientes, campesinos y la expansión de la agricultura capitalista en Chiapas, 1896-1916”, en *Mesoamérica*, núm. 5, junio. Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica, Guatemala.

Castellanos, Maqueo. 1910. Algunos problemas nacionales. Eusebio Gómez del Puente, México.

Correa, Alberto. 1889. Geografía de México. México.

Depestre, René. 1985. Buenos días y adiós a la negritud. Casa de las Américas, Cuba.

García Cantú, Gastón. 1969. El socialismo en México. Siglo XXI/ERA, México.

García de León, A. 1985. Resistencia y utopía. Memoria de los agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia. ERA, México.

Hollingsworth Talbot, Elisha. 1910. “La verdad sobre México”, en *El Imparcial*, t. xxviii, núm. 4, 890, 9 de febrero.

Kenneth Turner, John. 1965. México bárbaro. Costa Amic/Cordemex, México.

Lukács, Georg. 1968. El asalto a la razón. Grijalbo, México.

Mentz, Brigida von et al. 1982. Los pioneros del imperialismo alemán en México. Casa Chata, México.

“México hoy y mañana”. 1910. *El Imparcial*, t. xxviii, núm. 4, 843, 1 de abril.

Olsson-Seffer, Pehr. 1910. La agricultura en varios países tropicales y subtropicales, parte II. Secretaría de Fomento.

Peust, Otto (atribuido). 1911. Investigación sobre el problema obrero rural en el extranjero. Secretaría de Fomento, México.

Secretaría de Fomento. 1911. Investigaciones sobre el problema obrero rural. México.

IMÁGENES

P. 73: José Guadalupe Posada, Corrido Los enganchadores, 1835-1910; p. 74: Los enganchados del Valle Nacional, 1908. P. 75: Fotografía de autor desconocido, John Kennet Turner, México bárbaro, 1911. P. 76: José Guadalupe Posada, Los enganchados del Valle Nacional II, 1904; p. 77: Deportados a las Islas Marías; p. 78: Proyecto de un monumento al pueblo, 1909; p. 79: ¡Desgraciado pueblo! Al fin de cuentas, tú pagas el pato..., 1904.